

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES,

(DE TRONCOSO.)

Isti sunt duo filii olei, qui assistunt dominatori universæ terræ.

Estos son dos ungidos, los cuales están ante el dominador de todo el orbe.

Zacar. c. 4. v. 14.

Por mas que una filosofía enemiga de Dios y de su Cristo haya intentado dar por el pié al colosal edificio de la religion católica, sus esfuerzos no han tenido otro resultado que robustecer cada vez mas los fundamentos indestructibles en que estriba. Las continuas objeciones que han inventado para desmentir las pruebas de la divinidad de ese culto extendido hoy por los cuatro ángulos del globo, se miran reducidas á polvo ante los hechos que los siglos unos en pos de otros vienen presentando, en confirmacion de las divinas promesas hechas en ambos testamentos á la militante Jerusalén. Los mártires, mal que les pese á los discípulos de la escuela de Dodwel, Bayle y otros de este temple, son una prueba invencible de la verdad de estos hechos en que se funda el origen divino del cristianismo. Ellos son unos testigos irrecusables de cuanto las sagradas Escrituras nos anuncian acerca del Hombre-Dios, y jamas la voz de la impiedad podrá sofocar esa voz que sale de los sepulcros de unos hombres, que no solo supieron vivir conforme á las máximas que de él recibieran, sino que tuvieron tambien el valor suficiente para morir y sellar con su sangre unas creencias de cuya verdad estaban persuadidos por cuantos motivos de credibilidad pueden contribuir á formar una conviccion fuerte y profunda.

No hay en el mundo nacion alguna que haya dejado de suministrar á la religion pruebas de este género. Donde quiera halla el cristiano observador esa raza de hombres divinizados que han servido de bases sobre que se ha alzado el majestuoso edificio de la iglesia. La Arabia nos ofrece hoy en los dos santos hermanos Cosme y Damian un traslado de aquella misteriosa vision que el profeta Zacarías tuvo en tiempo del rey Darío : « Vió pues un candelero de oro sobre el cual posaba una « lámpara, y otras siete luces repartidas en sus siete brazos, y « sobre el tronco del candelero dos olivas, una á su derecha y « otra á su izquierda. Entónces el profeta preguntó al ángel « que le manifestaba estas cosas : Señor, ¿qué viene á ser esto? « Á lo que el ángel respondió : Escucha lo que el Señor dice á « Zorobabel : No confíes en los ejércitos ni en la fuerza de las « armas, sino en mi espíritu divino. ¿Qué eres tú, oh monte « grande, delante de Zorobabel ? Serás reducido á una llanura « y arrasado hasta tus fundamentos. Sus manos han puesto los « cimientos de mi templo y ellas le acabarán ; y conoceréis entónces que el Señor de los ejércitos me ha enviado á vosotros..... Esas dos olivas que rodean el candelero de oro, són « dos ungidos que asisten de continuo ante el dominador de « todo el orbe. »

Mas de setecientos años hacia que esta brillante vision se habia ofrecido á los ojos de Zacarías. Ya la iglesia de Jesucristo designada en el candelero de oro iluminaba con la inextinguible lámpara de la fe una gran parte del mundo. La montaña grande del gentilismo iba desmoronándose insensiblemente para hacer lugar al gigantesco edificio de la religion católica. El espíritu del Señor se propagaba prodigiosamente sobre la tierra á despecho de las armas de los tiranos, de los ejércitos de los conquistadores, y de los esfuerzos de los que un dia se burlaban de los cortos progresos de la fábrica de este templo destinado á llenar todos los ámbitos del orbe. Érase el siglo tercero de la iglesia, cuando en la ciudad de Egipt se realizó la vision de Zacarías. La lámpara de la fe iluminaba aquella ciudad con sus luces puras y divinas. El candelero de oro se mostraba en medio de sus habitantes en su mayor brillantez, porque á traves de las tinieblas de la idolatría, el cristianismo tenia muchos discípulos que semejantes á las siete lámparas que vió el profeta, despedían á su alrededor rayos esplendorosos. Pero

¿quién son esos dos personajes que semejantes á dos olivos floridos se ven al lado del candelero? Ah, ellos son dos ungidos del Señor que asisten de continuo ante el dominador de toda la tierra.

Tal se presentan á mi vista, católicos oyentes, los dos santos hermanos Cosme y Damian. Bien así como dos atletas robustos é invencibles, ungidos con la gracia de Dios, pelearon denodadamente por conservar inextinguible la antorcha de la fe. Fieles depositarios de la verdad, permanecieron firmes al lado del candelero, esto es, de la iglesia católica, lámpara eterna que derrama sus resplandores por todo el mundo; y por eso ahora gozan de la vista del Ser eterno é inmutable, y triunfan gloriosamente en presencia del dominador de toda la tierra, haciendo ver que fueron dos enviados de Dios para dar testimonio de la divinidad del cristianismo, tanto con sus costumbres puras é irreprochables, como con su valor y constancia en sostenerla en los tormentos á costa de su sangre: *Isti sunt duo filii olei qui assistunt dominatori universae terrae*. Ved aquí mi pensamiento en el elogio que me propongo hacer de nuestros dos ilustres mártires. Quiera el Señor comunicarme las luces que necesito para el efecto; las que le pido encarecidamente por la intercesion de la soberana Reina de los mártires, dirigiéndola las sublimes palabras del ángel. *Ave Maria*.

PRIMERA REFLEXION.

El gran Tertuliano, escribiendo á los mártires, dice que la vida del cristiano es un ensayo del martirio. San Agustín añadió aun mas, y no dudó asegurar que ella es un martirio continuado; porque para vivir segun las máximas del Evangelio, se hace preciso estar siempre en lucha con las pasiones, reprimir los apetitos desordenados, y enfrenar los movimientos y deseos de una naturaleza corrompida y siempre propensa al mal desde su origen: *Vita christiani, si secundum Evangelium vivat, crux est et martyrium* (1). De aquí es de inferir, que así como el martirio de sangre es una prueba convincente de la verdad de la religion católica, lo es tambien el martirio á que se reduce el

(1) *S. Aug. Serm. 32 de Sanctis.*

cristiano que arregla su conducta á las leyes de Jesucristo. Ambas pruebas dieron los ilustres hermanos san Cosme y san Damian. Con sus costumbres puras y con su vida en un todo conforme al Evangelio mostraron la santidad del cristianismo; y con su constancia en sufrir y morir ántes que separarse de la fe de su maestro, dieron el testimonio mas ilustre de su divinidad.

La suma de la religion pura y sin mancha delante de Dios Padre consiste, dice el apóstol Santiago, en visitar y socorrer á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse incontaminado en medio de la corrupcion del siglo (1). Que es lo mismo que decir, que toda la santidad de la religion está basada en la caridad de Dios y del prójimo, como dijo con un laconismo inimitable el mismo Salvador en su Evangelio (2). Convencidos de esto los dos santos hermanos, y persuadidos de que si estaban obligados á amar á Dios sobre todo cuanto existe, no lo estaban ménos á amar á sus hermanos como á sí mismos, desde luego dieron á conocer que estos dos objetos ocupaban toda su atencion y eran el término único de todas sus operaciones.

Su fe ardiente les muestra en Dios una belleza superior á todas las bellezas, una sabiduría mayor que todos los conocimientos, una bondad mas perfecta que todas las bondades, un ser, en fin, mas grande que todos los seres, el ser por excelencia, el ser inmutable, el ser independiente, el ser eterno é infinito. Avivada esta fe con los ejemplos y máximas de una madre altamente virtuosa y profundamente cristiana, produce en los corazones de aquellos dos buenos hijos la firme esperanza en las bondades de aquel Unigénito que vino al mundo á salvar á la humanidad, y el amor mas tierno hácia un corazon que es el centro de la caridad y el símbolo de la felicidad sin mezcla de amargura, prometida á los mortales despues de esta vida triste y penosa. ¡Con qué fidelidad cumplen los deberes que les impone el nombre de cristianos! ¡Con cuánto cuidado evitan los menores defectos que pueden ofender la santidad del Dios á quien adoran! ¡Cómo se esmeran en darle el culto debido en el templo de su alma, ya que no les sea dado ir á postrarse en su presencia en el templo material! Del mismo modo adoraban un día al Dios de sus padres en el palacio de un rey idólatra,

(1) *Jacob. c. 1. v. 27.* (2) *Matth. c. 22. v. 40.*

aquellos jóvenes hebreos llevados cautivos á Babilonia bajo el imperio de Nabuco.

El amor de Dios produce naturalmente el amor del prójimo, ó por mejor decir ambos están tan inseparablemente unidos, queno es posible concebir el uno sin el otro segun la enérgica expresion del apóstol san Juan (1). ¿Cómo pues hubieran podido dejar de amar á sus hermanos nuestros ilustres santos, estando sus corazones devorados del amor de Dios? Ah! Ellos ejercieron esta virtud, y no así como quiera, sino en lo que ella tiene de mas heróico y sublime. No contentos con cumplir con lo material de la beneficencia, llenaron perfectamente aquel precepto que á cada cual impuso el Señor acerca del bien espiritual y eterno de sus prójimos. Vedles cómo se consagran al penoso y largo estudio de la medicina. ¿Creeréis por ventura que se propongan un objeto puramente terrenal, mucho ménos que busquen en aquel ejercicio un medio de engruesar sus fortunas, ó de hacerse un nombre célebre entre sus compatriotas? No, católicos, el amor de su Dios y el celo por el bien de las almas les ha inspirado este medio de llevar á efecto sus designios. Hallándose á la sazón en un total abandono esta facultad en aquel país, creyeron que su ejercicio les proporcionaria una ocasion favorable de insinuarse con los gentiles, y que por este medio les seria fácil conducirles al conocimiento del autor de la naturaleza, cuya gloria tanto resplandece en sus obras. ¡Oh celo ingenioso! ¡Oh admirable caridad! Tú engrandeces el alma del cristiano, tú elevas sus pensamientos, tú eres el origen de las ideas mas puras y luminosas. Jamas la beneficencia filosófica llegó á engendrar en sus adeptos un heroísmo semejante al que tú inspiraste á esos dos hombres á todas luces grandes y magnánimos. Cuando la mayor parte de los mortales abusan torpemente de la naturaleza para olvidar á su eterno hacedor, Cosme y Damian desentrañan sus recónditos secretos para hacerlos servir á la propagacion de su gloria; y al paso que otros miran la sabiduría como el medio de satisfacer miras mezquinas y ambiciosas, estos dos hermanos la buscan únicamente para llegar por su medio al logro de un objeto que tiene por último término la eterna felicidad de sus semejantes.

No se engañaron Cosme y Damian, ni les salieron fallidas sus

(1) I. Joan. c. 4. v. 20.

esperanzas. Muy en breve se notaron los grandes resultados que habian obtenido en la difícil ciencia de curar. Sus preciosos talentos cultivados con un estudio profundo y con una incansable perseverancia, les merecieron una reputacion universal. Viéronse desde luego rodeados de un sin número de dolientes que acudian á buscar en su penetracion el alivio de sus males. El cielo que veía los designios de los santos médicos, bendecia de un modo ostensible su empresa; y dando á sus remedios una virtud sobrenatural, hacía les obtener los mas felices efectos en toda clase de dolencias por inveteradas que fuesen. Esta circunstancia unida al heróico desinterés con que ejercian su facultad, sin querer jamas aceptar de sus clientes la menor recompensa, aumentaba extraordinariamente el gran prestigio de que gozaban ya entre sus conciudadanos, y les proporcionaba el medio de hablarles del reino de Dios, móvil principal de sus acciones. Fieles imitadores de su divino maestro Jesus, procuraban curar las almas de aquellos á quienes daban la salud del cuerpo.

Cuando un fuego violento se halla oprimido en las entrañas de la tierra, no hallando en aquella tenebrosa prision expansion suficiente á sus llamas, aquí abre una boca, allí lanza un peñasco; y por donde quiera busca un medio de respirar y de colocarse en su centro. El fuego de la caridad que abrasaba los pechos de los santos hermanos Cosme y Damian, hallábase aprisionado mucho tiempo hacia. Desde que tuvieron la dicha de conocer á Dios, este fué el único centro hácia donde les llevaba su celo, pero no les habia sido dado manifestarle hasta entónces: así que tan luego como se vieron en ocasion de hacerlo, estalla con violencia aquel incendio reprimido, y sus corazones se convierten en volcanes que despiden por todas partes llamas abrasadoras. ¡Cuán grande fué, señores, el fervor con que desde aquel momento se dedicaron á trabajar en la conversion de los idólatras? ¡Con qué empeño tomaron á su cargo hacer conocer á aquellos ciegos adoradores de unas divinidades inmundas, que no hay en el cielo ni en la tierra otro Dios fuera de aquel que con su palabra omnipotente dió el ser á toda la naturaleza! ¡Cómo sabian poner en juego todos los resortes de una prudencia cristiana y de una caridad ilustrada, para conducir los acontecimientos al objeto apetecido de la gloria del Señor! Pero por elocuentes que fuesen sus expresiones, por per-

suasivos que fuesen sus discursos, lo eran mas de todo punto los hechos portentosos que los acompañaban. Véanse unos hombres que parecían disponer á su grado de toda la naturaleza: aquí restituían la vista á los ciegos; allí hacían andar á los tullidos; ora calmaban los mas agudos dolores; ora ahuyentaban las fiebres mas malignas; los obsesos se hallaban repentinamente libres, los moribundos sanos; todos en fin cuantos acudían á los santos Médicos, admiraban unos prodigios extraordinarios y superiores á los alcances del arte y á las observaciones de la experiencia. ¿Cómo era posible que aun los hombres mas ciegos dejasen de reconocer un principio sobrenatural en estos hechos que regularmente se obraban con el contacto de la cruz aplicada á los miembros dolientes? Ah! El Señor que era el principal agente en estas ocasiones, disponía los corazones de aquellos paganos para recibir la luz de la verdad. El asombro que naturalmente producían las curaciones prodigiosas que se efectuaban á cada paso, daba á los santos hermanos motivo para ganarse la benevolencia pública. Entónces, aprovechándose de aquellos momentos favorables á sus designios, convertíanse en apóstoles para predicar á Jesucristo, y persuadir la divinidad de una religion que daba á sus discípulos tanta virtud sobre la naturaleza: como Pedro y Juan en el pórtico del templo de Jerusalem, decían á sus admiradores: « No os maravilleis de esto como de un efecto de nuestra virtud y poder. El Dios del cielo es quien ha querido glorificar á su hijo Jesus por medio de tamañas maravillas; su poder sumo es quien las ha obrado por nuestro débil ministerio, y la fe en su nombre es la única que puede salvar el alma y dar la salud al cuerpo. » (1)

Á la manera que los robles mas robustos se desgajan á la violencia del rayo que cae en medio de un espeso bosque, véanse á los paganos caer á la presencia de los santos hermanos heridos de las palabras de fuego que salían de sus labios, y confesar que solo el Dios de ellos era digno de ser adorado por todas las criaturas. Los que solamente habían ido á buscar la salud del cuerpo hallaban la salud del alma; los ciegos recibían á la vez la luz material y la espiritual; los que ántes no podían andar por un impedimento físico, no solamente adquirían el movimiento de sus miembros, sino también la facultad de marchar por las sen-

(1) Act. c. 3.

das de la salvacion. De este modo triunfaba la fe; acrecíanse los discípulos de la cruz; se afianzaba la religion y extendía sus dominios la verdad.

Ahora bien, católicos, ¿quién hizo tan eficaces las pruebas que estos santos dieron de la verdadera religion? ¿Hubieran acaso obtenido resultados tan felices si no las hubieran autorizado con la santidad de su vida? Sus mismos prodigios ¿no hubiesen sido mirados con desconfianza, si su inocencia admirable, su caridad sin límites, su desinterés heróico, y demas prendas que en ellos brillaban no los hubieran hecho creíbles? Aun cuando la religion resplandezca por sí misma independientemente de las costumbres de sus hijos, porque emana del cielo y en su frente lleva impresos los caracteres de divina: ¿quién duda que ella triunfa tanto mas fácilmente del error, cuanto mas embellecida se mira de las virtudes de los que la profesan? Es incontestable, señores: la santidad de los cristianos es una prueba de la santidad del cristianismo. Los días mas bellos que ha conocido la iglesia han sido aquellos en que la fe y la piedad de los fieles era un objeto de admiracion universal, como se congratulaba san Pablo con los de Roma. Jamas la verdad reportó mas ilustres victorias contra el error, que en aquellos tiempos en que los discípulos de Jesucristo se hacían un deber de ser sus fieles imitadores. Tales fueron nuestros santos Cosme y Damian; vivieron cual cumple á unos hombres en quienes la fe había echado hondas raíces; en quienes el amor de Dios y la caridad con el prójimo, producidos por la fe, eran los únicos móviles de todas sus acciones, y cuya gloria estaba cifrada en la gloria de Jesucristo su divino maestro; la procuraron con celo, la buscaron por todos los medios imaginables, y uniendo á sus palabras las virtudes todas del Evangelio, mostraron en sus acciones la belleza del cristianismo que predicaban, siendo su vida la prueba mas convincente de su santidad. Veamos ahora como con su constancia en sufrir y morir por no separarse de la fe de su maestro, dieron el testimonio mas ilustre de su divinidad.

SEGUNDA REFLEXION.

« Vosotros me seréis testigos en Jerusalem y hasta en las mas remotas extremidades de la tierra, » dijo el Salvador á sus